



El Museo Marc Un tesoro de los rosarinos La historia de una dirigencia y sus anhelos

Miguel Angel De Marco (h)*

EL CONTEXTO DE LA CREACIÓN

El concepto de museo invariablemente lleva a la idea de la cultura y a las distintas interpretaciones de la misma en un espacio y tiempo determinado. El Museo Histórico Provincial de Rosario “Dr. Julio Marc” refleja las aspiraciones de un

grupo de dirigentes de la ciudad conformado en la primera mitad del siglo XX (una definida red de empresarios, productores, catedráticos y políticos con identidad de intereses y objetivos) y de una época floreciente en el rescate del patrimonio histórico. A muy poco de abrir sus puertas y gracias a las

colecciones privadas que lo conformaron, pasó a ser un referente entre sus similares de América Latina.

La década del 30 trajo distintas concreciones en la materia. En 1935, por iniciativa del historiador Manuel M. Cervera, se formó el Centro de Estudios Históricos de

(*) Miembro de la Academia Nacional de la Historia, Investigador Adjunto de Conicet, Unidad Ejecutora en Red IDEHESI, Nodo Rosario UCA. Director de la revista mensual “Rosario, su historia y región”.

la provincia, que pasó a denominarse, en 1936, Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe. En la capital provincial se pusieron en marcha el Museo Histórico y el Museo Etnográfico (que bajo la dirección de Agustín Zapata Gollán alcanzó su momento culminante con el descubrimiento de Santa Fe la vieja). Se fundó el Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, y la Comisión Provincial de Cultura. El gobierno inició la publicación de documentos coloniales y la edición de las Actas del Cabildo de Santa Fe. También destinó fondos para la reconstrucción del Convento de San Francisco de la ciudad de Santa Fe, y de la casa de Díez de Andino, construcciones aún en pie, y que junto a la casa de los Aldao son relevantes exponentes del pasado colonial. De aquel entonces data la aprobación oficial del actual escudo de la provincia de Santa Fe.

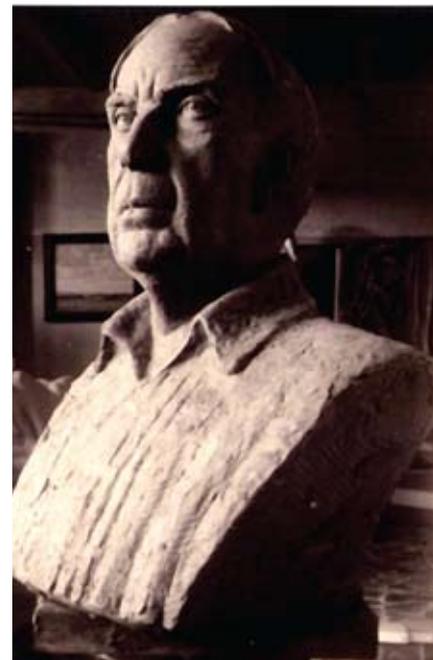
Es en ese marco que Rosario obtuvo el apoyo para crear su propio Museo Histórico, que años más tarde llevó el nombre de su fundador y director: Julio Marc, y se construyó su imponente edificio en el Parque Independencia. Pueden citarse como antecedentes de esta iniciativa la cristalizada por la ordenanza municipal del 8 de octubre de 1909 aprobada con la intención de rendir un homenaje al Centenario de la Revolución de Mayo, que disponía la creación de un museo junto a una biblioteca pública, cumpliéndose esta última disposición (la actual Biblioteca Argentina "Dr. Juan Álvarez"); y el proyecto de un gran museo, en 1925, cuando se conmemoró lo que se creía era el segundo centenario de la fundación de Rosario.

Difícilmente la iniciativa se hubiera concretado de no mediar la conjunción de factores tales como el sostenido crecimiento mercantil y portuario de Rosario, la capacidad de comercialización y exportación de cereales de la región, y el

auge del coleccionismo de la mano de la ornamentación de las grandes residencias de acaudaladas familias rosarinas. Asimismo, la llegada a puestos claves del gobierno provincial y municipal de políticos unidos a ellas por intereses y relaciones comunes; y el protagonismo alcanzado por la generación universitaria y empresarial nacida en los 80 y 90. Sólo con una interpretación comprensiva de estos aspectos puede entenderse el vertiginoso y avasallante nacimiento y rápida evolución del Museo Histórico.

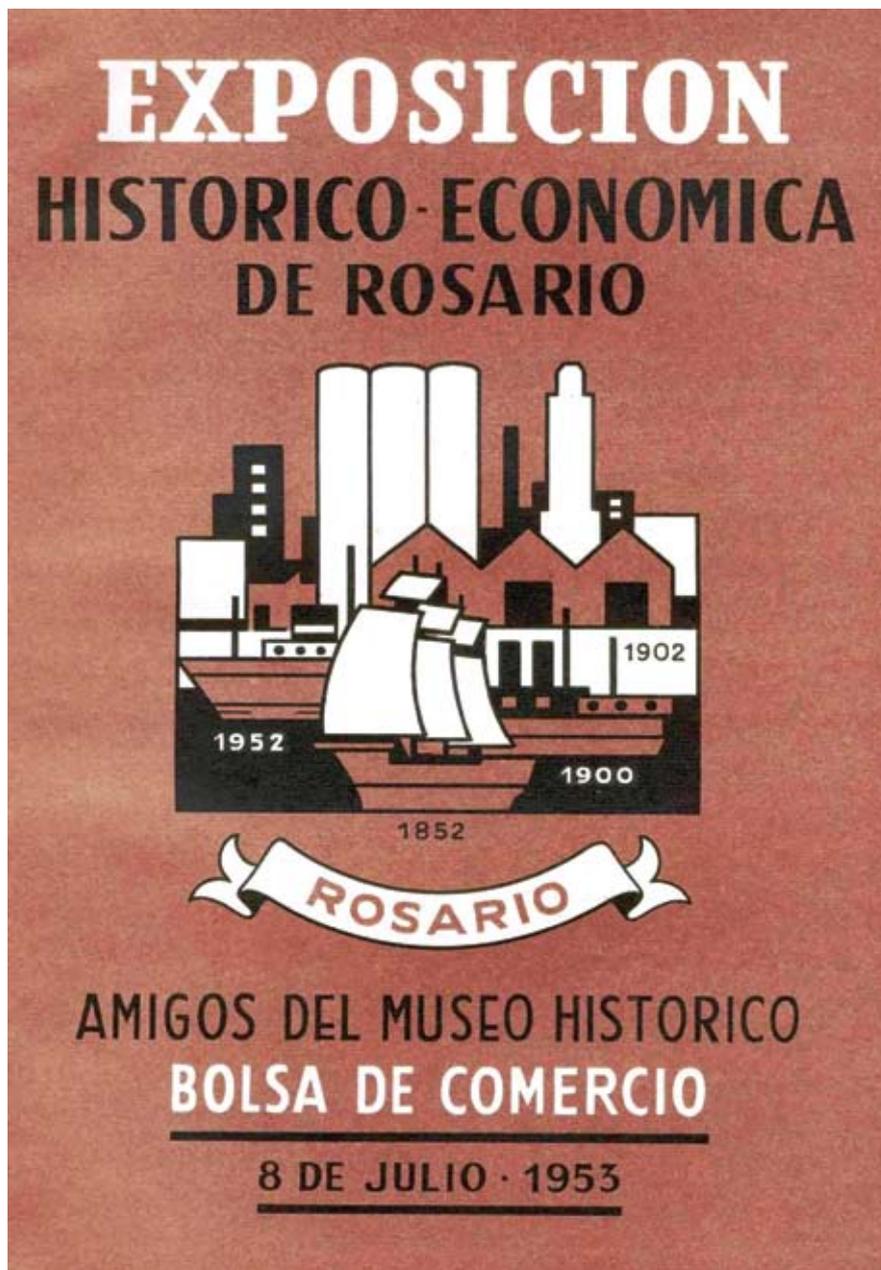
LA DIMENSIÓN DE LA FIGURA JULIO MARC

Julio Marc es un exponente de aquella generación formada en las aulas del Colegio Nacional N° 1 de Rosario y en la Universidad Nacional de Buenos Aires, que ocupó un papel preponderante en la formación de la identidad histórica local centrada en un discurso de unidad nacional y protagonismo en la defensa de los intereses regionales. Entre sus integrantes se encontraban: Pascual Quiroga, Tomás Varsi, Francisco Correa, Ángel Chávarri, Héctor Thedy, Enrique Marquardt, Absalón Casas, Elías Alvarado, Rafael Araya, Ovidio Lagos, Lisandro de la Torre, Luis Dodero, Guillermo Ortiz Grognet, Alberto Baraldi, Alejandro Gruning Rosas, Amadeo Sabattini, Emilio Argonz y Enrique Astengo. Hubo quienes se dedicaron especialmente a la producción historiográfica: Rodolfo Rivarola, David Peña, Juan Álvarez, Calixto Lassaga, Antonio Cafferata y Augusto Fernández Díaz. Además, compartieron instituciones como la Junta de Historia y Numismática Americana (fundada por Bartolomé Mitre en Buenos Aires, antecedente de la Academia Nacional de la Historia); la Asociación Cultural el Círculo (Marc fue miembro de su Comisión Directiva entre 1924 y 1925), y la flamante Facultad de Ciencias Económicas,



Comerciales y Políticas de la Universidad Nacional del Litoral. Julio Marc accedió por concurso como profesor titular de la misma en 1943, en la cátedra de Política Comercial y Régimen Aduanero Comparado, y más tarde también fue profesor de Política Económica. En esa Facultad había sido vicedecano, miembro del consejo directivo, delegado ante el Consejo Superior de la Universidad Nacional del Litoral, a partir de 1941, presidente del Instituto de Derecho de Gentes, de la casa, sucediendo a Mario Antelo, recientemente fallecido.

Marc había nacido en Rosario el 6 de abril de 1884, cursado sus estudios secundarios, como se mencionó, en el Colegio Nacional, y los superiores en la Universidad de Buenos Aires, donde se doctoró en Jurisprudencia y Diplomacia. De regreso a Rosario dictó cátedras de geografía e historia en su colegio y fue profesor de historia en la Escuela Superior de Comercio. Formó parte del plantel fundador de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional del Litoral, en 1920. Ingresó a los Tribunales de la Provincia como secretario de la Cámara de Apelaciones y, en 1910, fue designado secretario de la Cámara Federal,



siendo en 1930 vocal de la misma y ocupando en varios períodos su presidencia.

A la par de esta actividad profesional fue un coleccionista, “y no un acaparador de cosas antiguas”, aseguraba el diario La Capital el día de su muerte. Explicaba: “La impresión estética que le producía una pieza de valor era seguida por el anhelo de poseerla, y su capacidad de selección lo llevaba a alejarse de todo aquello que no tuviera un real valor artístico o histórico; podía darse esas satisfacciones y logró así formar un verdadero museo sin llegar en ningún momento al afán atesorador del avaro”.

Una apreciación muy correcta si se tiene en cuenta que en vida decidió regalar casi la totalidad de su museo privado a la ciudad. También fue nombrado delegado en Rosario de la Comisión Nacional de Monumentos y Lugares Históricos, miembro correspondiente del Instituto Nacional Belgraniano, miembro titular del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, y de otras entidades. Presidió la filial Rosario de la Academia Nacional de la Historia, y fue vicepresidente de la Comisión Nacional del Monumento y Parque de la Bandera, desde donde contribuyó a la concreción de tan anhelada obra. En 1956, durante la denominada

Revolución Libertadora, fue designado presidente de la Comisión Provincial de Cultura.

Antes de fallecer, el 28 de julio de 1965, fue donando fracciones de su campo en el sur de la provincia a distintas entidades culturales, sociales y benéficas.

En la concurrida honra fúnebre de sus restos mortales, en el Cementerio El Salvador, uno de los oradores, Jorge Martínez Díaz, por la Comisión de Amigos del Museo expresó con acierto: “Nos han dicho los grandes pensadores y nos lo enseña la vida a cada paso, que un hombre vale por lo que ama. Y tú, querido doctor, amaste tanto al museo que puedo aseverar, sin temor a equivocarme, que te identificaste tanto con él, que son ya una sola o misma cosa”.

LA FORMACIÓN DEL PRIMER FONDO PATRIMONIAL

El interventor nacional en la provincia de Santa Fe, doctor Carlos Bruselman, dictó el decreto 479, del 20 de julio de 1936, destinando 10 mil pesos para dar comienzo a un museo provincial y convocó a una comisión honoraria (integrada por los doctores Clemente Álvarez, Carlos J. Díaz Guerra, Alberto Baldrich, Elio Francesio y Julio Marc, y los ingenieros Juan Devoto y Angel Guido) para llevar adelante tal cometido. Fue de vida muy efímera porque por un nuevo decreto, del 17 de septiembre de 1936, se nombró a Julio Marc, con carácter ad honorem y amplias facultades, como director del “Museo Científico de la Ciudad de Rosario”. Según reconociera públicamente el propio Marc, se debió a Ricardo Foster, secretario de Instrucción Pública y Fomento de la mencionada intervención nacional, la iniciativa de ese museo y quien lo convocó a esa tarea. Los unía a ambos el paso por la Facultad de Derecho de Buenos Aires, y la docencia en la Facultad

de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas, donde Foster había llegado a ser en distintas oportunidades decano.

Tres años llevó a Julio Marc organizar y poner en funcionamiento el museo, ya bajo la órbita del gobierno de Santa Fe. En el transcurso solicitó cambiar el nombre de Museo Provincial de Rosario por el de Museo Histórico Provincial, con el argumento de las características de la mayor parte de donaciones con las que contaba como fondo inicial. Ya normalizada la provincia con la elección y asunción de Manuel M. de Iriondo como gobernador, el 10 de abril de 1937 se decretó la creación del Museo Histórico Provincial, confiando a Julio Marc la dirección ad honorem del mismo. Iriondo venía de desempeñarse durante toda la presidencia del general Agustín P. Justo en el relevante cargo de ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, era poseedor de una apreciable sensibilidad por los temas históricos.

Marc obtuvo una importante donación de la señora María Obligado de Soto y Calvo; y si bien falleció al poco tiempo reduciéndose la magnitud del aporte prometido, fue un aliciente para que el magistrado rosarino diera base cierta a sus esperanzas y le convenciera de “la necesidad ineludible de su gran edificio”. Con el apoyo clave, por su firmeza y gestión, del entonces intendente de Rosario, Miguel Culaciati, quizás el político de mayor peso local y prestigio dentro del partido gubernista, se involucró favorablemente en la iniciativa al gobernador Iriondo. Pronto la iniciativa sumó muchas voluntades entre las que se destacó, por su dedicación y entrega de tiempo, la del ingeniero Angel Guido, reputado como un prestigioso urbanista. Ocho años mayor que Marc (quien al momento de la inauguración tenía 55 años de edad), ya había intervenido en la confección de los planes reguladores de varias ciu-

dades argentinas, y era profesor de Historia de la Arquitectura en la Universidad Nacional del Litoral, y autor de numerosos escritos sobre el arte en América. Su relación de amistad y afinidad de pensamiento con Ricardo Rojas lo llevó a plasmar en sus obras la búsqueda de las esencias culturales de la Argentina y su fe en el porvenir del nuevo continente. El edificio del Museo Histórico Provincial así lo revela.

En Marc y Guido existía el convencimiento de que el museo histórico de una sociedad inmigrante y cosmopolita como Rosario debía ser contundente al exhibir con orgullo sus raíces identitarias, despertando la emulación de principios sólidos de pertenencia, cuanto más remoto en el tiempo mejor. Marc lo explicó de esta manera: “Por eso existe en él una sección precolombina, destinada a evocar las viejas civilizaciones de América, cuyo grado de adelanto apenas conocemos, la Sala de Arte Americano, que sorprende por su colorido y belleza, dan una idea de lo que fueron esos pueblos. No creo necesario decir que Rosario tiene en esa sala un verdadero tesoro...”.

Había viajado por distintos países de Hispanoamérica adquiriendo piezas representativas de la historia y del arte en la colonia y de la conquista. Así, por ejemplo, pudo formar una colección con los representantes de todas las escuelas pictóricas de ese período, lo que al momento de ser inaugurado permitió al museo ser el primero en contar con un fondo de esas características. Aún así, Marc entendía que la sección más importante debía ser la dedicada a la historia nacional, al proceso de la independencia y de la organización política. Al día de la apertura del edificio se habían juntado más de 2.000 documentos de ese período. Por ejemplo, la correspondencia de Oribe en su campaña contra Lavalle; más de 600 libros, folletos, bandos, proclamas, editados todos en la Imprenta del

Río de la Plata, antes del año 1826; y muchos de los impresos posteriores. La biblioteca también contaba con un extenso listado de libros raros, y unos doscientos títulos de los siglos XVI, XVII y XVIII. La colección de mapas era de gran originalidad. Documentación que, confiaba Marc, sirviera a los historiadores e institutos de enseñanza superiores para sus investigaciones; una decisión estratégica, teniendo en cuenta que la Argentina se encontraba en vísperas de un proceso de producción historiográfica sin antecedentes, por su temática, sus métodos, los nuevos ámbitos académicos y el surgimiento de instituciones específicamente dedicadas a la historia local.

Marc fue un pionero en el rescate del patrimonio urbano, asumiendo con pasión y paciencia el colosal trabajo de relevar, obtener y preservar aquello que no era percibido como tal por sus conciudadanos. Recorrió periódicamente oficinas y reparticiones públicas, solicitando el traslado al Museo de todo aquello que llamara su atención por ser de valor histórico.

Confiaba que la inauguración de la institución aleccionaría y acostumbraría a la sociedad sobre la trascendencia de las donaciones particulares, por lo que con el ingeniero Guido se habían contemplado en el proyecto edilicio futuras ampliaciones.

¿POR QUÉ EL PARQUE INDEPENDENCIA?

El Parque Independencia (inaugurado el 1 de enero de 1902) se convirtió en “el paseo” y “el ámbito” tradicional y preferido para las más variadas actividades sociales. Allí funcionaba el hipódromo del Jockey Club de Rosario (1901), la Exposición Rural (1902), el Club Provincial (1906), el Club Newell’s Old Boys (1911) y el Club Gimnasia y Esgrima (1914). En 1927



se abrió la avenida de las Palmeras y se diseñó el paseo de El Rosedal. Un año más tarde se inauguró el Monumento a Belgrano, luego el Museo de Bellas Artes y el Jardín de Niños. Fue adquiriendo mayor popularidad, con las carreras de autos, los corsos y festivales musicales.

Aun así, quedaba dentro del Parque Independencia un solar de propiedad municipal disponible para la construcción del Museo. Se trataba del casco de una estancia que había pertenecido a la familia Tiscornia, y que a mediados del siglo XIX comprendía las hectáreas donde luego se levantó el cementerio El Salvador y se trazó el Parque Independencia. La familia de Pedro y Rosa Tiscornia utilizó esa propiedad, desde 1856, como una quinta de descanso donde pasaban largas temporadas en el verano. El aljibe de ese casco pasó luego a ser exhibido en el interior del museo. En 1933, el predio de la Quinta Tiscornia fue destinado para el Museo Municipal de Bellas Artes. Sin embargo, la sucesión “Juan B. Castagnino”, decidió trasladar el mismo a Oroño y Pellegrini. Fue entonces que el intendente Culaciati, a instancias de Marc, por decreto del 27 de noviembre de 1937, lo cedió a perpetuidad a la provincia para que allí funcionara el Museo Histórico.

La adecuación de los ambientes del

primer edificio del Museo estuvo a cargo del ingeniero Ángel Guido, quien aprovechando elementos ya existentes, dio remate al frontispicio, que miraba al oeste, con tres grandes estatuas debidas al escultor Troiano Troiani, con las leyendas “América India”, “América Colonial”, “Historia Patria”, que sintetizaban los tres grandes fines del museo. Ese fue el ingreso principal a la institución, frente al estadio del Club Atlético Newell’s Old Boys, a partir de su inauguración, en 1939, y por doce años. Dicha fachada era sobria y solemne, un anticipo de la arquitectura que se plasmaría en el Monumento Nacional a la Bandera. Las mencionadas estatuas dominaban excluyentemente la fachada central. El terreno de acceso a las escalinatas no se encontraba parquizado ni ornamentado.

LA INAUGURACIÓN

El 8 de julio de 1939 quedó inaugurado oficialmente el Museo Histórico Provincial de Rosario, con la presencia del gobernador de Santa Fe, Manuel de Iriondo, ministros, autoridades locales, y público en general. Marc reconoció que su nombramiento “era el cargo más grato al que había podido aspirar en su vida”, porque de esa manera podía ser leal a una vocación arraigada desde sus años de estudiante. Y agregó: “Me ha halagado que de la riqueza de mi ciudad, de la cual

sólo suele recordarse la pujanza de su comercio, salieran las más valiosas donaciones, que su dinero se colocara en una obra de pura especulación intelectual. Rosario, señores, es mucho más que un emporio de riqueza y ya ha aprendido a colocar su dinero sin intereses”.

Por su parte, el ministro Juan Mantovani afirmó que la provincia poseía dispersas las riquezas de su pasado, y había que recogerlas y ordenarlas por el valor que tenían para la historia, la ciencia y el arte, perteneciendo más al patrimonio común que a la posesión familiar o individual.

LAS DONACIONES FUNDACIONALES

Más de un 70% del patrimonio del Museo al momento de la inauguración había pertenecido al propio Julio Marc. Ese ejemplo contundente fue imitado por otras familias que donaron valiosos objetos para integrar las colecciones y salas. Según Marc, ellas fueron: Minetti, Alabern, Fábrega, Sordelli, Fidanza, Castagnino, Martin, Martínez Carbonell, García, Borrás, Weskamp, Lagos, Amuchástegui, Mayor y Estévez, Martínez Díaz, Cepeda, Pinasco, Bogleione, Monserrat, Vasallo, Berlingieri, Zuasnabar, Colombes, Ortíz Grognet, Rouillon, Landó, Marull, Palenque, Aldao, Carrillo, Goñi, Maldini, Araya, Machain, Novelli, Sust, Parmigiani, Loza, Cafferata, Astengo, Fernández Díaz, Cánepa, Albarracín, Guido, Echesortu, Travella, Muniagurria, Sugasti, Stein Couzier, Recagno, López, Longo, Tietjen, Bruera, Stodart, Lac Prugent, Daumas, Maldonado, Villavicencio, Gutiérrez Zaldívar, García Fuentes, Aletta de Sylvas, Mackey, Foster y Orta Nadal, entre otros.

El apoyo de la prensa local, garantizada por la participación de directores y miembros de redacción en comisiones directivas y asocia-

ciones de amigos del Museo, fue constante, y esto permitió posicionarla como un orgullo de la cultura rosarina y un cometido de todos.

Desde sus comienzos hubo colecciones que se destacaron por ser de las más completas de la Argentina, como la de numismática. Entre las piezas del archivo, se conservaban documentos del período hispánico correspondiente al Río de la Plata, Perú y Alto Perú. El manuscrito más antiguo databa de 1536, y era un contrato comercial realizado en Lima.

En el período 1939-1987, los fondos ingresados en el archivo se dividieron en dos grandes áreas: documentación suelta (Manuscritos: períodos hispánico e independiente; e Impresos: períodos hispánico e independiente); y colecciones documentales del período hispánico e independiente, en tres áreas espaciales: Argentina (ejemplo: Archivo Riccheri); Provincia de Santa Fe y Rosario (ejemplos: Archivo de Tribunales, Archivo Judicial y Archivo de la Jefatura Política).

Marc, como director del Museo y miembro de la delegación Rosario de la Academia Nacional de la Historia, pasó a ser un referente obligado en iniciativas relacionadas con el rescate de la historia local, aunque fue su fama de numismático y coleccionista la que trascendió los límites del país. En 1952, integró la Comisión del Centenario de la declaratoria de Rosario como ciudad. En 1963, el Concejo Municipal le encomendó junto a Julio Marc la elaboración del actual Escudo de Rosario, sobre la base del de Eudoro Carrasco, el que fue adoptado de uso oficial un año más tarde.

LAS PRIMERAS AMPLIACIONES

El 26 de octubre de 1944, el gobierno de la provincia aprobó

la licitación para ampliar, prácticamente duplicar, el espacio existente en el museo, incluyendo la habilitación de un ingreso hacia el norte (con la intención de que el mismo diera “hacia el centro de la ciudad”), y la construcción de una réplica de ese ingreso hacia el sur, con columnas y escalinatas, lo que jamás se concretó. El edificio no tenía cinco años de inaugurado y ya resultaba insuficiente para la cantidad de piezas disponibles, mientras crecían las visitas del público y de los contingentes escolares. Por otra parte, una crónica periodística afirmaba que además era un centro de estudios e investigaciones, “colaborando con su profusa documentación en la mejor comprensión conocimiento de la verdadera historia nacional”.

En el mencionado proyecto de ampliación se trazó el futuro arquitectónico del edificio, demostrando además que su autor, Angel Guido, no se apartó de un plan didáctico muy preciso, que por entonces fue elogiado por su acierto y eficacia: forma de exposición, objetos, luces y vitrinas, al punto de ser imitadas por museos similares de Buenos Aires, y convertirse en un modelo en su tipo para especialistas y entendidos nacionales y extranjeros .

Los trabajos fueron encargados a la empresa constructora Gerbino y Ocampo, quedando la dirección general de la obra a cargo de Guido, quien además se desempeñaba como secretario del museo designado por el gobierno de la provincia (a partir de 1948 sería nada menos que rector de la Universidad Nacional del Litoral), como luego lo fueron Romeo C. Crovetto y A. César Gauchat. El ritmo de los trabajos de construcción fue al principio vigoroso y luego, hacia 1949, careció de las partidas necesarias como para ultimar los detalles de su conclusión.

En esa etapa pujante se creó formalmente, en noviembre de 1950,

la Asociación Amigos del Museo Histórico. Su finalidad primordial y específica era “propender al acrecentamiento del patrimonio y desarrollo del museo”, cooperando con la dirección. Sus autoridades serían ad honorem y durarían dos años. La reunión constitutiva se realizó en el Jockey Club de Rosario y contó con la presencia del doctor Julio Marc. La comisión directiva fue integrada por Pablo Borrás, presidente; Firma Mayor de Estévez, vicepresidenta; Ernesto Fábrega, vicepresidente segundo; Julio A. Enz (secretario); Elena Fianza de Castagnino, prosecretaria; Eduardo A. Bruera, tesorero; Domingo Eduardo Minetti, protesorero; y Federico Alabern, Angela Castagnino de Cánepa, Susana Colombres de Rouillon, Angel García, Ricardo L. Lagos, Eduardo López, Marcelo Martín, Jorge Martínez Díaz, Juan José Semino y Ciro Tonazzi . Este grupo estaba, por lo tanto, integrado por representantes de instituciones vinculadas a la producción y la comercialización: la Bolsa de Comercio, el Mercado de Productores Nacionales y el Centro de Corredores de Cereales, por ejemplo; y de empresas de gran incidencia regional. De ellos dijo Marc: “Ratifica lo que siempre fue mi sentir. Rosario, es poderoso y noble; sus hijos la quieren y admiran y por su grandeza se unen solidariamente en su afán de superación”.

En junio de 1949 asumió la gobernación de Santa Fe el ingeniero Juan Caésar, triunfante en las últimas elecciones. El justicialismo daba un paso más por afianzarse en el gobierno. El dinero de la provincia llegó y las obras se inauguraron el 27 de octubre de 1951 (como parte de los festejos por la Semana de Rosario). De esa manera, se incrementó el área de exhibición en planta baja teniendo en cuenta el cambio de orientación del ingreso de museo que, como se dijo, en adelante dio al norte, mirando hacia el Jardín Francés y la avenida

Pellegrini. La avenida interna de acceso, que actualmente se denomina “calle del Museo”, fue ensanchada; ya que hasta ese momento era una calle angosta, secundaria, rodeada de árboles que, a juicio de los ingenieros del Ministerio de Obras Públicas de la provincia, se encontraban en mal estado y quitaban dimensión a la flamante y esbelta fachada. Asimismo, se remodeló el Parque en toda su zona de adyacencia. El intendente José Lo Valvo expresó al respecto: “Un parque es un puerto de dulzura, de ternura y de descanso. Un parque y un museo, juntamente –mejor, un museo asomando entre el verde acogedor de un parque–, es ya una simbiosis estupenda, que asocia dos expresiones sublimes de la creación: la belleza y el pensamiento, la naturaleza y el espíritu, la inteligencia y el corazón”.

Aún antes del acto de habilitación, ya se señalaba que “era tal la cantidad de obras dignas de ser expuestas a la consideración del público” que habría que pensar en una nueva ampliación, estando justificado cualquier desembolso que ella demandase, teniendo en cuenta el valor educativo y el lugar alcanzado entre sus similares del país y América Latina.

El mismo Marc, en el discurso de inauguración de las obras, dijo: “Pido con todo respeto al señor gobernador atienda la demanda que formulo de una nueva ampliación”, y explicó: “Sin jactancia afirmo que este instituto es un gran museo, que hace honor a la ciudad, provincia y Nación Argentina, y por esto, todo lo que se haga en su favor es digno de encomio y merecimientos... Un rápido recorrido de las salas –hay 32 ambientes– permite apreciar la variedad y valor del material acumulado en pocos años”.

El director también afirmó que la concreción de las instalaciones demostraba cuán “injustamente” se “tildaba de Fenicia” a la ciu-

dad, como carente de tradiciones, cuando ella era “la cuna de la bandera, baluarte del sentimiento tradicional, y amor a la libertad –gran centro universitario y de cultura múltiple”; y la prueba era que cinco salas del museo ya estaban destinadas a la historia de Rosario, además de las diseminadas por todo el museo rememorando “su humilde pero glorioso pasado”, y las destinadas “al fundador de la autonomía de Santa Fe”, Estanislao López; y al artífice del “empuje inicial del engrandecimiento de Rosario”, Justo José de Urquiza.

El ministro de Obras Públicas de la provincia, el ingeniero Luis Sobrino Aranda, luego de enumerar los logros de la gestión Caesar bajo el lema “Perón Cumple”, destacó lo que le escuchó decir a Mario Belgrano, director del Museo Histórico Nacional, de que el de Rosario poseía mayor correspondencia epistolar de su abuelo, don Manuel Belgrano, que la propia institución porteña.

La originalidad y novedad temática museológica fue la habilitación de la Sala del Periodismo, la primera en un museo del país, presidida por un óleo de Mariano Moreno y ornamentada con ejemplares de periódicos antiguos.

Un año más tarde se concretó la donación oficial al Museo Histórico Provincial, por parte de la Asociación de Amigos, de un valioso altar de plata de la escuela limeña del siglo XVIII, pieza única de orfebrería hispanoamericana, y que encerraba un agregado especial: ante él había oficiado misa en el Congreso Eucarístico Internacional de 1934, el legado pontificio, Eugenio Pacelli, quien por entonces era el Papa Pío XII. No sería el último pontífice en conocerlo. El Papa Juan Pablo II ofició en él la misa al pie del Monumento Nacional a la Bandera, en su visita a Rosario en abril de 1987.

En una etapa de profunda revalorización de las raíces americanistas del pasado argentino y el “boom” del folclore, según La Capital, de septiembre de 1958, “el museo se constituyó en un centro difusor de la cultura nacional, en lo que ella tiene de más vernáculo y medular”.

LA CUESTIÓN “DEL ESPACIO” Y SU FALLIDO TRASLADO AL CENTRO DE LA CIUDAD

A fines de la década del 50, y apenas nueve años después de su última y gran ampliación, las autoridades del Museo creyeron que la falta de espacio constituía un obstáculo insalvable y que se imponía la adopción de una solución alternativa. La oportunidad estuvo dada por el avanzado ritmo de las obras del Edificio de los Tribunales de Rosario, en la manzana de Pellegrini, Moreno, Montevideo y Balcarce, que permitiría trasladar allí hasta el último juzgado que aún funcionaba en el edificio de los “Tribunales Viejos”, el palacio inaugurado en 1892, sobre la plaza San Martín. Se resolvió gestionar ante el gobierno de la provincia de Santa Fe la cesión de ese edificio. Entre los argumentos principales citados por Marc, se mencionó que allí existían mayores posibilidades futuras de expansión y se coadyuvaría a la preservación de un edificio de cuantiosa valía histórico patrimonial que atravesaba un período de prolongado deterioro. Por otra parte, “el Histórico” podría ceder sus instalaciones del Parque Independencia al de Ciencias Naturales “Dr. Angel Gallardo”, restituyéndose con este traslado el espacio que ocupaba éste a la escuela provincial “Vicente López y Planes”. En fundamentación de la propuesta, Marc asimismo señalaba que una de las primeras muestras organizadas fuera del Museo, en el hall del Banco Monserrat (calle San Lorenzo al 1200), la colección de Billetes de Bancos de la República Argentina, considerada la más grande del

país, había ocupado diez grandes vitrinas (la colección necesitaba 60 metros de vitrinas), mientras en el Museo estaba constreñida a una sola. Una situación similar pasaba con la Mapoteca. Además, en plena expansión del gusto y consumo por el folclore argentino, el museo poseía muchas piezas de los pueblos aborígenes y de la cultura criolla en sus depósitos. En nota que presentó al gobernador desarrollista Carlos Sylvestre Bagnis, le confió que en su campo "La Nueva Florida", situado entre Cañada de Gómez y Casilda, disponía de miles de piezas más que donaría junto a su hermano Ricardo; pero que no lo podían hacer en la actual situación del Museo. Por otro lado, Marc exponía al mandatario que la presencia de la institución en el edificio de la Plaza San Martín configuraría allí un nuevo centro cívico provincial, del que Santa Fe carecía en Rosario, como un ámbito de conferencias y exposiciones, construyéndose un gran auditorio de uso público. No podía estar ausente uno de los argumentos de conservación de mayor peso: el impacto destructivo, inevitable y creciente de la humedad del laguito y del Parque en las colecciones.

El gobernador Sylvestre Bagnis (quién luego sería integrante de la Asociación de Amigos del Museo) acompañó la iniciativa dictando el decreto 7537 del 17 de octubre de 1958, que permitía el traslado solicitado. Sin embargo, se respetó el lugar asignado a la entonces Escuela de Derecho de la Universidad Nacional del Litoral, y se especificó que la mudanza podría comenzar una vez habilitado el nuevo edificio de Tribunales. La mencionada Asociación de Amigos, que había ahorrado y reunido una suma importante de dinero, se adelantó a efectuar obras de adaptación para no dilatar el traslado. El 19 de diciembre de 1962, ya inaugurados los nuevos Tribunales, tomó posesión efectiva del palacio como sede del Museo, pero no pudo concretar



la mudanza por razones ajenas a la voluntad de sus autoridades. En 1964, cuando la institución cumplió sus bodas de plata, se aseguró que mantenía firme la intención.

Es que no era la única institución de la ciudad que aspiraba a ese edificio. La Escuela de Derecho, que pujaba por crecer y dar respuesta a las necesidades del alumnado, necesitaba imperiosamente de un edificio y mantener al menos el espacio que ya ocupaba en el Palacio. Un poderoso y cada vez más representativo movimiento "pro Escuela de Derecho", bregaba por su futuro, con el apoyo de los medios locales, desde comienzos de la década del 50. El gobernador Aldo Tessio decidió adoptar una solución conciliatoria, otorgándole a la Escuela de Derecho la planta baja por las calles Córdoba y Moreno (provisoriamente y por cuatro años, mientras se terminaran las obras de

la Ciudad Universitaria), y el resto de las instalaciones al Museo Histórico Provincial. Dos años más tarde, el 18 de mayo de 1966, por decreto 3778, se terminó cediendo a la Escuela de Derecho, próxima a convertirse en Facultad, las instalaciones que se habían asignado al Museo Histórico.

EL MUSEO SIN MARC

Hacia finales de la década del 60, el valor económico de sus colecciones se había estimado en 320.550.000 pesos moneda nacional (correspondiendo 100 millones de ellos al altar de plata) y el histórico era incalculable. En mayo de 1966, ya con un horizonte definido en relación a que el Museo permanecería en el Parque Independencia, el gobierno provincial se comprometió a financiar nuevas obras de ampliación de una superficie

La historia del Museo Marc es un capítulo fundamental en la evolución de las instituciones culturales de la ciudad. Su presente no está exento de los desafíos propios planteados por la vertiginosa transformación de la realidad social ni los que se derivan de la necesaria adaptación a las innovaciones generadas en el terreno de la museología, y las nuevas políticas públicas del sector.

cubierta de 400 metros cuadrados sobre el lado este, destinando en el momento 10 millones de pesos moneda nacional. En 1968 se inauguraron obras de remodelación que incluían nuevas salas y la ampliación de la planta baja. En 1969 se destinó otro subsidio provincial de 10 millones de pesos moneda nacional, que permitió el inicio de los trabajos (concluidos ese mismo año) del gran salón destinado a la dirección del museo, lugar de conferencias y reuniones.

Exhibía 30 salas de exposiciones, biblioteca, hemeroteca y archivo. Entre sus 21 secciones se encontraban: la Sala de Arte Americano, donde se exhibían objetos de distintas civilizaciones pre y pos colombianas, tales como los realizados por las culturas Mochica, Paracas, Chancai, Chimú, Nazca, Diaguita, Chaco-Santiagueña, etc (en octubre de 1971, el embajador de México en Argentina entregó al museo una colección de piezas donadas por el gobierno de su país); la Sala de Arte Hispanoamericano, que exhibía una cuantiosa y notable serie de óleos, telas, piezas de orfebrería, muebles y objetos varios. La Sala de Platería, convenientemente exhibida, pasó a ser considerada una de las más importantes de América, en especial en piezas de procedencia rioplatense (estribos, mates, frenos, objetos de uso cotidiano, elementos para la liturgia); la Sala de Historia Patria, que agrupaba todo lo concerniente a nuestra historia nacional desde la época de la conquista. A ella se sumaron las Salas de San Martín, de Belgrano y las banderas, de Rosas y su época, de Justo José de Urquiza, de Estanislao López y Santa Fe, de Rosario, de la Guerra del Para-

guay, de Armas, de Numismática, de Billetes de Banco, del Teniente General Pablo Ricchieri, etc. La Sala del Folklore Argentino presentó para su época una atrayente ambientación con la Pulpería.

Más tarde pudo inaugurarse, restaurada en el primer piso la sala "Lisandro de la Torre", con el mobiliario perteneciente a la casa porteña donde vivió sus últimos años el eminente tribuno.

Además de las importantes colecciones de cuadros de arte hispanoamericano, de San Martín y de la historicista Leonie Mathis, el museo atesora pinturas y grabados de artistas precursores: Bacle, Blanes, Alice, Descalzi, Morel, Vidal, d'Hastrel, Quinsac, Figari, Gras, Grashof, García del Molino, Pallière, Rugendas, Pellegrini, López y Pueyrredón, entre otros.

En la Planta Alta, funcionó la Biblioteca y Archivo Documental.

Asimismo, el Museo desarrolló, a la par de incrementar su fondo, una significativa actividad cultural al preparar exposiciones, programar cursos, ciclos de conferencias, ser sede de congresos, etc. A tal fin se inauguró en 1971 un elegante y espacioso auditorio donado por Domingo E. Minetti.

En 1982, durante la intendencia de Alberto Natale, la Municipalidad de Rosario cedió a perpetuidad un terreno aledaño al Museo Provincial para obras de ampliación. El 16 de abril de ese año abrió sus puertas la biblioteca "Ingeniero Augusto Fernández Díaz". La sala pasó a reunir todo el valioso material que

Augusto Fernández Díaz reunió durante largos años, con su fervorosa pasión por el estudio de la historia y que donó al museo. El legado contaba con alrededor de 4.000 volúmenes, calificados como material de carácter excepcional y con marcada tendencia hacia los estudios genealógicos. Entre otras valiosas piezas, se encuentra un diccionario de la lengua castellana de la Real Academia Española editado en 1726; una Historia de América, de Robert Williams, impresa en Dublín en 1777; colecciones de periódicos editados en esta ciudad como "La Convención", "La Patria" y "La Censura", entre otros. La sala fue acondicionada tal cual como era el departamento del donante, con los mismos armarios y el Cristo que presidía ese ámbito de recogimiento, meditación y cultura.

EL MUSEO MODERNO

Ya en tiempos de la reinstauración democrática, merecen señalarse como acontecimientos públicos fundamentales la conmemoración del cincuentenario del Museo, el 8 de julio de 1989, y la inauguración de la sala de exposiciones donada por el Reino de España con motivo del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, en 1992, con la presencia de la infanta Cristina de Borbón, que viajó a Rosario para la inauguración del Complejo Cultural Parque de España.

Durante la gestión de Eugenio Travella, tuvieron lugar, además de los citados acontecimientos, el traslado de la biblioteca del primer piso a la planta baja, la renovación de las ya vetustas instalaciones eléctricas y de los techos, la implementación de un

nuevo sistema de luz y sonido para las salas y la inauguración de dos salas más en el segundo piso, con las que la institución pasó a contar con 38.

Asimismo, se instrumentaron nuevas formas de interrelación con el público. A las tradicionales muestras se sumaron desfiles de traje antiguos, de evolución de la moda, espectáculos musicales, visitas guiadas con títeres y mimos, jornadas, encuentros, cursos y talleres, como el de “Textiles Pre Hispánicos”, sobre la base de su propia colección, que también es una de las más importantes del país.

Tres grandes desventajas significó para el museo su ubicación en el centro del Parque Independencia: lidiar constantemente para el mantenimiento del edificio con un entorno natural (humedad, vientos, caída de ramas sobre el techo, inundaciones, insectos, etc); aspectos vinculados con la inseguridad; y las dificultades de acceso para el visitante sin vehículo, obligado a atravesar el Parque a pie para llegar a él desde las avenidas que lo circundan. Estos temas centraron, por lo tanto, gran parte de la atención de las autoridades y los sucesivos gobiernos provinciales destinaron subsidios para obras de mantenimiento.

En 1997, se inició un proyecto de planeamiento integral del depósito de su colección arqueológica y etnográfica. Para concretarlo se contó con el subsidio otorgado por la Fundación Antorchas, que permitió dotar a dichos elementos de un ambiente apto para su conservación. No obstante la gran crisis económica, en el año 2001 se concluyó un nuevo depósito de 90 metros cuadrados con parrillas deslizantes para cuadros y estanterías autoportantes con un sistema de seguridad integral (detección de movimientos, detección de humo y monitoreo las 24 horas). Entre el 2003 y el 2004 se realizaron las obras “que lo dejaron a tono con los requerimientos internacionales de exhibición con la ampliación del sistema de seguridad, la climatización de las salas y el control de la temperatura y humedad.



También se refuncionalizaron diversas salas en el marco del III Congreso Internacional de la Lengua Española. Y, a mediados del 2004, la Fundación Antorchas otorgó otro subsidio, esta vez para la realización de un depósito de muebles inaugurado en el inicio del 2006”.

Quizás el último acontecimiento de trascendencia pública lo constituyó la exhibición del retrato original del general Manuel Belgrano, óleo original de Francisco Carbonnier efectuado en Londres en 1815, como contribución a la celebración del Bicentenario de la Revolución de Mayo.

DIRECTORES

Desde el punto de vista de gestión institucional, los 72 años del Museo Marc pueden dividirse en tres etapas muy claras. La comprendida por la presencia del creador y director fundador, Julio Marc, desde 1939 a 1965 (26 años); la de sus sucesores directores ad honorem, 1965-1999 (34 años); y la de los directores rentados y elegidos por concurso público y abierto, 1999-2011 (12 años).

Al frente de la institución, desempeñaron ese máximo cargo Julio Marc (1939-1965), Jorge Martínez Díaz (1965-1968/1970-1980), Eduardo de Oliveira César (1968-1970) y Eugenio Travella (1980-1998). La primera directora elegida por concurso fue Irma Montalbán (1998-2004), siguiéndole Carina Frid y Rolando Maggi. Nuevas técnicas, estilos y actividades llegaron a las salas del Marc, dejando cada

director su impronta, operándose además significativos cambios en cuanto a la estructura administrativa del personal.

Las distintas gestiones contaron con la colaboración de vicedirectores y secretarios ad honorem y luego rentados. Asimismo hubo profesionales que prestaron su asesoramiento constante. Al respecto, pueden mencionarse individualmente a Ricardo Orta Nadal (quien donara su biblioteca al Museo) y a Carlos Giannone (decidido nexo con el Instituto Belgraniano), y grupalmente a integrantes de la Academia Nacional de la Historia, la Sociedad Historia de Rosario, la Escuela de Museología de la Municipalidad y la Universidad Nacional de Rosario, entre otras entidades.

Fueron presidentes de la Asociación de Amigos: Pablo A. Borrás (1950-1953), Domingo E. Minetti (1953-1958), Ernesto Fábrega (1958-1966), Elena F. de Castagnino (1966-1967), Domingo E. Minetti (1967-1972), Pablo E. Borrás (1972-1975); Francisco Tonazzi (1975-1978), Jorge Weskamp (1978-1982), Eduardo de Oliveira César (1982-1983), Marcelo Martín (1984-1988), Laura Cánepa Usellini (1988-1990), Miguel García Fuentes (1990-1992), Roque Sanguinetti (1992-1994), Lelio Zeno (1994-1995), Ernesto Daumas (1995-1998), Alfredo Rouillón (1998) y Ernesto Daumas (continúa).

El museo contó, a juzgar por las reiteradas expresiones de sus auto-

ridades, con una cantidad insuficiente de personal para afrontar la diversidad de las actividades realizadas. Una falencia que fue revirtiéndose con el paso del tiempo y paliada en gran parte por la abnegación y compromiso de los empleados.

PRESENTE Y FUTURO

El actual director del museo, CM Rolando Maggi, asegura que el objetivo principal de la institución pasa por posicionar al Museo como referente regional y nacional en la preservación y difusión del Patrimonio Cultural, y de la Historia de Rosario y Santa Fe.

En cuanto a los principios de acción que rigen al Museo, según explica Maggi, se relacionan con mejorar las condiciones de protección del patrimonio resguardado, incluyendo reformas del edificio, sus instalaciones y sistemas; adquisición de nuevo equipamiento operativo y técnico; tercerización de servicios de diagnóstico de alta complejidad y restauración de

obras de arte; profesionalización y capacitación del personal; y la cobertura de vacantes de personal por concurso; entre otros.

Además, el edificio continua afrontando el desafío de la falta de espacio. Las ampliaciones, cada vez más requeridas, serían destinadas, como lo señala Maggi, “a incrementar su capacidad de reservas técnicas, archivo-biblioteca y salas de exposición; a habilitar una política de adquisiciones destinada a preservar testimonios materiales de nuestra cultura -en especial del siglo XX y del patrimonio arqueológico que se ha comenzado a descubrir- que se están perdiendo por la incapacidad manifiesta derivada de las limitaciones emergentes de la situación actual”.

En la mira de las actuales autoridades, también se encuentra la eliminación progresiva de las barreras para la inclusión de la mayoría de los visitantes, sean cuales fueren sus carencias, trabajando sobre las bases del diseño universal.

Por último, el director señala como

muy positiva la interacción con la Asociación de Amigos del Museo Histórico, tanto en la captación de fondos como en las actividades públicas para proyectar al Museo, como parte del trabajo mancomunado entre lo público y lo privado. Asimismo, en incrementar las actividades conjuntas con otras instituciones públicas y privadas, culturales, educativas, sociales, deportivas, profesionales, etc.

La historia del Museo Marc es un capítulo fundamental en la evolución de las instituciones culturales de la ciudad. Su presente no está exento de los desafíos propios planteados por la vertiginosa transformación de la realidad social ni los que se derivan de la necesaria adaptación a las innovaciones generadas en el terreno de la museología, y las nuevas políticas públicas del sector.

Sin embargo, el Museo Marc está asentado sobre “la roca firme” del legado imperecedero de sus fundadores, y por esa misma situación ha atravesado las más difíciles coyunturas. Lo que se haga por él será poco en relación con su finalidad. ●

CUADRO 1 / “EL MUSEO QUE SORPRENDE”

Museólogos, historiadores y coleccionistas no han ocultado su sorpresa por piezas atesoradas por el Marc. Los últimos gobiernos provinciales han avanzado en optimizar el contralor en la guarda de los mismos a través de la realización de inventarios. Y si bien sería imposible en una nota de estas características detallar las múltiples riquezas que encierra, podemos mencionar algunas de las cuales han despertado el interés de especialistas en distintas etapas de su historia.

Dibujos, grabados y óleos interesantes o curiosos, como es el caso del único ejemplar de un apoteótico monumento a Juan Manuel de Rosas, dibujado por Carlos Morel. Dentro de ese estilo, se encontraba el grabado anónimo hecho en España que dice al pie: “Nuevo ataque de Buenos Ayres, ganado por los leales y esforzados españoles contra los ingleses, el día 5 de julio de 1807”. En lo que respecta a José de San Martín, entre los muchos objetos, bustos y medallas, sobresalía el mate conocido como “de Chacabuco”, hecho en Chile. En la actualidad puede observarse el anillo astronómico que el Libertador empleaba para calcular la hora exacta en la campaña de los Andes; que lleva grabada la leyenda “Soi de Dn. de San Martín, Buenos Ayres”.

En el área destinada a la arqueología se destacan doce figuras precolombinas de plata maciza, de excepcional valor, que realzan las colecciones de vasos y huacos Chapín, Paracas, Mochica, Nazca, Tiahuanaco, Chimú, Chancay y del noroeste argentino: Condorhuasi, Ciénaga, Aguada, Santamarina, Sanagasta y Belén. Dentro de la colección de mates de la sección platería, el conocido como el de los “enamorados” por permitir la bombilla que una pareja tome el mate al mismo tiempo, hecho en plata, con aplicaciones de oro. En la colección de medallas papales se puede observar un grupo conocido con el nombre de “panfletarias”, en las que la figura papal, al mirarse con otro enfoque, se convierte en una imagen grotesca y nada religiosa.

Durante mucho tiempo fue especialmente exhibida a los contingentes escolares la bandera del batallón rosarino “Primero de Santa Fe”. En la batalla de Curupaí, el subteniente, abanderado Mariano Grandoli, de 17 años, ofreció su vida para salvarla. Hay rastros de su sangre entre los hilos de la abandera, que fue entregada al museo por el presidente Ramón Castillo.